

COMPENDIOS

SOBRE LOS AUTORES DE ARTICULOS CIENTIFICOS

En el competitivo mundo moderno de la ciencia, la publicación de artículos científicos es actividad no sólo importante sino de las más estimadas; con ella se transmiten a la comunidad científica los resultados de las investigaciones, se dan a conocer las reflexiones, comentarios o desarrollos sobre esos temas y se presentan perspectivas para el futuro; pero también sirven los artículos científicos como renglones fundamentales en el currículum de los profesionales, que en esa forma pueden mostrar presuntamente su capacidad de trabajo, su creatividad y productividad original. El ser autor de artículos científicos se ha tornado logro importante, basta el punto de que en ciertos ambientes se tiene como axioma la frase "Publicar o Morir", por supuesto en el sentido académico.

Esta situación ha permitido el surgimiento de vicios que se empezaron a notar hace ya más de 10 años, pero cuya ocurrencia parece incrementar, si juzgamos por el número de publicaciones que analizan esos fenómenos en los años más recientes.

Especialmente importante resulta el artículo en que el doctor Gustavo A. Silva, funcionario de la Organización Panamericana de la Salud (OPS) analiza los problemas de la "Autoría Múltiple" y la "Autoría Injustificada", y que fue publicado en la edición de febrero de 1990 por el Boletín de la Oficina Sanitaria Panamericana. De acuerdo con el doctor Silva, la costumbre de publicar artículos con la firma de varios autores aumentó notoriamente en el decenio 1979-1988; en efecto, entre 1959 y 1968, el 62.77% de 795 artículos tenían un solo autor y el 6.7 más de cinco autores, pero la proporción cambió a 30.8 con un solo autor, 45.9 entre dos y cuatro autores y 23.2 con cinco autores o más, en el último decenio arriba aludido.

Por supuesto, en muchos casos se justifica la presencia de múltiples autores al frente de un trabajo especialmente complejo o multidisciplinario. Pero abusar de esta costumbre puede perjudicar la seriedad de la respectiva publicación, y por ello la mayoría de las revistas están poniendo en marcha controles especiales y estrictos al respecto.

Si alguno de los autores no ha participado realmente en la elaboración del trabajo sobre el cual se escribe el artículo científico, se configura el vicio de la "Autoría Injustificada", contra el cual enfila sus baterías—de modo totalmente justo, por lo demás—el doctor Silva. En efecto, firmar un artículo cuando en realidad no se tomó parte en su elaboración ni en el estudio sobre el cual se basa, es aceptar crédito por algo que uno no hizo y "Utilizar ese crédito mal habido para obtener algún provecho", el derivado de la publicación respectiva que vendría a au-

mentar la longitud e importancia del currículum de ese autor falso.

Tan injusto como negar la condición de autor a quien haya trabajado en el estudio y en la elaboración del artículo, es dar esa autoría a quien no tenga el mérito verdadero.

Transcribe el doctor Silva los criterios fijados por el Comité Internacional de Editores de Revistas Médicas (también conocido como Grupo de Vancouver) para reconocer a alguien como autor de un artículo científico, y que dicen así:

"Todas las personas designadas como autores deben cumplir ciertos requisitos para tener derecho a la autoría. Cada autor debe haber participado en el trabajo en grado suficiente para asumir responsabilidad pública por su contenido".

"Para concederle a alguien el crédito de autor hay que basarse únicamente en su contribución esencial por lo que se refiere a: a) la concepción y el diseño del estudio, o el análisis y la interpretación de los datos; b) la redacción del artículo o la revisión crítica de una parte importante de su contenido intelectual; y c) la aprobación final de la versión que será publicada. Los requisitos a, b y c deben cumplirse siempre".

"La participación que se limita a conseguir financiamiento o recoger datos no justifica que se le conceda a nadie el crédito de autor. Tampoco basta con haber ejercido la supervisión general del grupo de investigación. Toda parte del artículo que sea decisiva con respecto a las conclusiones principales, debe ser responsabilidad de, por lo menos, uno de los autores".

"En un artículo de autor corporativo (colectivo) se debe especificar quiénes son las personas principales que responden del documento; a las demás personas que colaboraron en el trabajo, se les debe conceder un reconocimiento por separado (véase Agradecimientos)".

"Los editores podrán solicitar a los autores que justifiquen la asignación de la autoría".

El artículo del doctor Silva debería ser lectura obligada en toda institución científica donde se adelanten proyectos de investigación que dan origen a publicaciones en las revistas especializadas.

SILVA G.A. "La Autoría Múltiple y la Autoría Injustificada en los artículos científicos".

Bol Of Sanit Panam 108 (2):141-152, febrero 1990.

(Reseña: Académico de número Juan Mendoza-Vega, Director General, Fundación Instituto Neurológico de Colombia Bogotá).

LISTA DE ACADEMICOS POR ORDEN DE ANTIGUEDAD

Académicos Honorarios

Gonzalo Reyes García
Alonso Carvajal Peralta
Alejandro Jiménez Arango
Carlos Márquez Villegas
Alfonso Ocampo Londoño*
Antonio Ordóñez Plaza
Juan Jacobo Muñoz
Gabriel Velásquez Palau*
Haroldo Calvo Núñez
José María Salazar Buchelli*
José Ignacio Barraquer
Juan Di Domenico
Kulff Wilhelm*
Carleton Gajdusek*
Charles M. Poser*
Jacques Ruffie*
Charles Merieux*
Raúl Bennett y Córdoba*
Jan Waldeström*
Guillermo Rueda Montaña
Carlos Sanmartín Barberi
David Baltimore*
Walter Gilbert*
Roger Guillemin*
Gobind Khorana*
Bruce Merrifield*
Julio Aratijo Caellas
Eduardo Arciniegas
Rodolfo Llinás
Alberto Cárdenas Escobar*
José Francisco Socarrás
George H. Humphrey*s*
Bernard Lown
Yuri Belenkov
Ergüen Chazov
Edmond José Yunis*
David Castro Senior*
Ernesto Andrade Valderrama

Académicos de Número

César Augusto Pantoja
Hernando Groot
Jorge Camacho Gamba
Laurentino Muñoz
Jorge Cavellier Gaviria
Hernando Ordóñez
Pablo Gómez Martínez
Héctor Pedraza M.
Jorge García Gómez
Fernando Serpa Flórez
Alberto Albornoza Plata
Valentín Malagón Castro
Alfonso Tribín Piedrahíta
Adolfo De Francisco Zea
Gilberto Rueda Pérez
Mario Camacho Pinto

Alberto Vejarano Laverde
Mario Negret López
José Félix Patiño
Alvaro Rodríguez G.
Jorge Segura Vargas
Alvaro López Pardo
Gonzalo Luque Forero
Hernando Forero Caballero
Ernesto Bustamante Zuleta
Alberto Escallón A.
José Mora Rubio
Jaime Quintero Esguerra
Enrique Núñez Olarte
Sigfrido Demner
Efraim Otero Ruiz
Alejandro Posada F.
Gabriel Toro González
Jaime Gómez González*
Mario Sánchez Medina
Roberto Vergara Tamara
Ricardo Rueda González
Rafael Samper
Juan Mendoza Vega
Alberto Duarte Contreras*
Rafael De Zubiria
Rosio Alfredo Cala H.
Fernando Sánchez Torres
Tito Tulio Roa
Miguel Trias Fargas
Galo Llinás Cledón
Gustavo Malagón Londoño
Alvaro Caro Mendoza
Hernando Castro Romero
Guillermo López Escobar
Carlos De Vivero Amador
Alfredo Jácome Roca
Alberto Hernández Sáenz
Jaime Escobar Triana
Darío Maldonado Romero
Antonio Reales Orozco*
Ernesto Plata Rueda
Camilo Uribe González
Carlos Rey León
Roberto Serpa Flórez*
Roberto De Zubiria
Roberto Jarantillo Uricocchea

Académicos Correspondientes

José M. Baena Lavalle*
Humberto Roselli Q.
Jorge Maldonado
Antonio Martínez Zulaica*
Gustavo Cristo Saldívar
Antonio Ucrós Cuéllar
Zoilo Cuéllar Montoya
Fernando Guzmán Mora
Roberto Liévano Perdomo*

José Arturo Quijano Gómez
Aquileo Hernández Barreto*
José María Silva Gómez
David Bersh Escobar*
Arturo Morillo Quiñones
Eusebio José Cadena Puyana
Eduardo García Vargas
Antonio D'Alessandro*
Luis Miguel Camacho Samper
Salomón Hakim
Elio Orduz Cubillos*
Vicente González
Isaías Arenas Buenahora*
Antonio V. Amaya M.*
Carlos Alberto Tafurt
Eduardo Acosta Bendeck*
Fernando Vásquez O.*
Fabió Londoño
Gustavo Román Campos*
José Ignacio Casas S.*
Hugo Flórez Moreno*
José M. Gari*
Marco Antonio González B.*
Fuad José Rumie F.*
Fuad Muvdi Chahin*
Mario Acevedo Díaz*
Amiro Adolfo Tamara*
Mario Zurek Mesa*
Gabriel Acosta Bendeck*
Humberto Espinosa Taboada*
Jaime Herrera Pontón
Gonzalo López Escobar
Fernando Schoonewolf
Edmond Saati S.*
Angel Octavio Villar G.*
Gustavo Parra Durán*
Olegario Cárdenas*
Carlos Cortés Caballero*
Fabió Durán Velasco*
Hernando García Gómez
Jaime González Mutis*
Rafael Moreno Peñaranda*
Saúl Rugeles Moreno*
Francisco Javier Leal
Tomás Antonio Guzmán Vilar
Jaime Castro Blanco*
Joaquín Cueto*
Carlos Barrera G.*
Carlos López Pinto*
Jaime Caballero Corbacho*
Luis José Escaf*
Bernardo Tirado Plata
Gustavo Pradilla Ardila*
Moisés Planeta Muñoz*
Aristides Paz Viera*
Guillermo Pérez Sotomayor*
Antonio Luis Baena Sayas*
Guillermo de los Ríos Gulfo*
Hernando Castellón García*
Francisco Haydar Ordage*
Rafael Alvear Teherán*
Andrés Alvear Teherán*
Andrés Guillermo Tarra G.*

Antonio Ambrad Domínguez*
Nayib Ambrad Domínguez*
Roberto Ambrad Domínguez*
Jaime Barrios Amaya*
Carlos Barrios Angulo*
Benjamín Blanco Martínez
Boris Calvo del Río*
Miguel Camacho Sánchez*
Luis Caraballo Gracia*
Hernando Espinosa París*
Jaime Fandiño Franki*
Roberto Guerrero Figueroa*
Aquiles González Di Filipo*
Miguel Ghisays Ganem*
Apolinar Hoyos Fortich*
Juan Burgos Artcaga*
Eliás Maciá Santoya*
Alfredo Maciá Santoya*
Adolfo Pareja Jiménez*
Claudio Pérez Santana*
Pedro Pérez Rosales*
Edilberto de la Espriella F.*
Antibal E. Perna Mazzeo*
Alvaro Ramos Olier*
Luis C. Sebá Obregón*
Antonio Soto Yances*
Ramiro Tenorio Tuirán*
Uriel Mathieu Fortich*
Raúl Vargas Moreno*
Guillermo Valencia Abdala*
Alberto Zabaleta Lombana*
Hernando Taylor Henríquez*
Hernando Taboada Tamara*
Mario Mendoza Orozco*
Jorge Avila Martínez*
Darío Morón Díaz*
Ricardo Segovia Brid*
Joaquín Silva Silva
Guillermo Sánchez Medina
Gilberto Angel Mejía*
Emilio Juan Bechara*
Daniel Valiente Cabeza*
Jaime Ambrad Bechara*

Académicos Correspondientes Extranjeros

Rafael Camerini Dávalos
George M. Halpern
Juan José Gagliardino
Isaac Faerman
José María Paganini
Jorge Yunis
Donato Alarcón S.
Santiago Pavlosky
Víctor A. Politano
Daniel Jácome Roca

Académicos Asociados

Eugenia Guzmán Cervantes
Felipe Guhl
Alvaro Muñoz
Margareth Ordóñez de Danies

* Académicos residentes fuera de Bogotá.

PALABRAS PRONUNCIADAS POR EL PRESIDENTE DE LA ACADEMIA NACIONAL DE MEDICINA, DR. EFRAIM OTERO RUIZ, DURANTE EL SEPELIO DEL ACADEMICO DR. LAURENTINO MUÑOZ (Julio 3 1990)

Venimos a acompañar esta tarde los restos mortales del Académico Laurentino Muñoz, como testigos y reconocedores de los altos valores morales e intelectuales que él representó para la institución y para Colombia. Queremos hacerlo más que como Academia Nacional de Medicina, como un grupo de amigos y colaboradores, aportando a la soledad de su último viaje la solidaridad y la adhesión que su generosidad otorgó siempre a la Academia.

No por discreto y sobrecogedor el ambiente de este último rito podremos dejar pasar el brillo y el fulgor que acompañaron siempre la vida del Académico Muñoz. Salido desde muy temprano de su nativo Cauca y graduado como médico de la Universidad de Antioquia, desde allí inicia sus recorridos por los principales temas de la salud pública del país en los años 30's, apareciendo ya en Cali en 1935 uno de sus primeros libros sobre "La tragedia biológica del pueblo colombiano", tema este que lo acompañaría casi hasta el final de sus días. Posteriormente, trasladado a Bogotá, se vincula muy pronto con el Hospital San José del que fuera uno de sus miembros más estudiosos y constantes, con un amor por la institución que le brotaba de la entraña misma de su ser y que lo llevaría, en 1958, a escribir la Historia del Hospital en memorable libro publicado por la Imprenta del Banco de la República. No sólo se sabía de memoria esa historia, que arrancaba en la ya celebre fotografía de los fundadores tomada en las cercanías del Campito de San José hacia 1901, sino que vivía, gozaba o padecía con el Hospital sus etapas de gloria y sus momentos de desventura. Yo me acuerdo, desde los albores de mi carrera médica, verlo allí con su bata blanca y su andar un poco desmirrado, siempre receptivo al tiempo con profesores, internos y estudiantes, siempre inquisitivo sobre los últimos problemas sociales, políticos, económicos o médicos, ofreciendo la ironía de sus críticas o la burla de sus gracejos, en que la sonrisa un poco ladeada se escapaba de su boca pequeña. Porque así fue Laurentino y así lo conocieron dos o tres generaciones anteriores a la mía y otras varias mucho después: magro, dinámico, emprendedor, sin aferrarse jamás al lujo cotidiano ni a la apariencia física, convencido, como en el epigrama latino que aparece en el pedestal de las Tablas Anatómicas de Vesalio —y que el maestro Valencia conservaba en su casa de Popayán— de que *"lo que vive es el ingenio; lo demás, perecerá para siempre"*.

Ese ingenio fue el que lo llevó desde muy joven a recorrer incesantemente la medicina y sus disciplinas afines, las ciencias exactas, la literatura y la poesía y a escribir trabajos que van desde la historia natural del conejillo de Indias hasta la ecología del conjunto humano, desde el papel de la mujer en la medicina colombiana hasta la violencia y la tierra en el terremoto de Popayán. Todo con criterio de historiador que vivía atento a que su historia contemporánea será después la historia del mundo y como tal registraba lo importante y lo innecesario, lo trivial y lo trascendente. Por eso su curiosidad y su pluma nos dejan una colección de papeles inéditos que cuando puedan publicarse llenarán varios volúmenes que giran en torno de la medicina colombiana, de sus necesidades, sus ambiciones y sus problemas. Esa curiosidad hacía que cuando alguno de nosotros se preocupaba por el aspecto histórico de algo sucedido médicamente en los últimos 50 ó 60 años buscara a Laurentino como oráculo y como guía, que con su generosidad habitual lo llevaría a buscar las fuentes exactas, si era que ellas no estaban ya en los laberintos mnemónicos de su prodigiosa cabeza.

Pero es que, además, el Académico Muñoz vivió siempre en función de la integridad como norma y precepto de la profesión médica. De él pudo decirse, como en el soneto de Jorge Robledo Ortiz dedicado al abuelo:

*"Nunca conoció el dolo, ni recorrió el atajo
que crucifica el alma sobre la cohardía..."*

Era de las personas que saben que la norma de la honradez tiende a desaparecer en nuestro país desde hace ya mucho tiempo y por eso se mantuvo impertérrito junto a ella, desprendido como un asceta de las comodidades materiales y de los beneficios personales, siempre avizor hacia cuanto pudiera criticar o mejorar, sacando fuerzas de su flaqueza física pero dueño casi místico de una reciedumbre moral que muchos le admiramos. Así, nos decía que por más de 100 años el pueblo colombiano estaba abandonado a los vicios y a las enfermedades transmisibles, al crimen, a la desnutrición y a la pobreza sin que los gobiernos dedicaran ni el interés ni los recursos necesarios para resolver de una vez por todas esas situaciones. Y esto se lo repetía con gran seriedad y desfachatez tanto al Ministro como al estudiante, al Académico como al interlocutor circunstancial, afilando siempre sus verdades dolorosas con estadísticas que parecían salir como por encanto de sus arrugados bolsillos. Al poco tiempo todos aceptábamos, casi que como un mal inevitable, su crítica persistente y demoleadora; pero sólo los necios se atrevían a ignorarlo, pues nos dejaba siempre con la inquietud de que las cosas podrían hacerse mejor de lo que se estaban haciendo. Pero no sólo lo decía con palabras, convencido de lo aéreo y transitorio de las mismas, sino que lo dejó desde muy temprano escrito en sus artículos y en sus libros, cuyos solos títulos ("La tragedia biológica", "El apogeo de las enfermedades evitables en Colombia", "Tratado elemental de Higiene para la educación pública", "Un informe de la nacionalidad") nos hablan de lo que fue su preocupación constante y angustiada por los desfinos de nuestro pueblo.

Pero tuvo, además, como derrotado la compasión y la generosidad en su ejercicio profesional, que lo llevaron a desdeñar una carrera promisoría para dedicarse con liberalidad al servicio de sus semejantes. Un Académico ilustre, profesor universitario y gloria de la ciencia colombiana, recuerda cómo en sus años de estudiante, cuando vivía solo y pobretón en una pensión de Bogotá, fue víctima de un tifo exantemático, enfermedad por demás mortal y peligrosa en la época pre-antibiótica. Como no tenía otro recurso, llamó, para tratarlo al Dr. Laurentino Muñoz, quien por entonces se desempeñaba como médico de la Universidad Nacional. Y éste no sólo acudió con prontitud y desvelo sino que lo trató como colega y casi como padre, trasladándolo al Hospital San José donde lo tuvo recluido más de 20 días, prodigándole la dedicación de su asistencia como sólo hubiera podido hacerlo con un paciente o un amigo de muchos años. Y así son las historias que narran infinidad de sus pacientes a quienes, como a nosotros en este día luctuoso, entristecen las reminiscencias de quien amó y ejerció con cariño la profesión médica.

Por esas y muchas otras razones sus amigos y colegas cumplimos hoy con el sagrado deber de acompañarlo en esta hora decisiva, en que sus restos mortales son entregados como pavesa al polvo de la eternidad. La Academia Nacional de Medicina quiere declarar que lo acogió y lo tuvo por más de 35 años como uno de sus miembros más ilustres. Que sus enseñanzas y sus inquietudes, sus observaciones y sus desvelos, hicieron del camino recorrido por la Academia, no siempre el más fácil pero sí el más promisorio y el más íntegro, constantemente en busca de lo mejor para la ciencia y lo más provechoso para la salud del pueblo colombiano. Que las normas que él subrayaba con su voz estentórea permanecerán siempre al lado de quienes consideramos que la vida es ante todo una estructura moral. Y que su ejemplo será puesto a la vista de las generaciones que desde ahora nos acompañen y nos sucedan, como paradigma de lo que debe ser una vida médica puesta al servicio de la comunidad y de la patria.

Efraim Otero Ruiz.